 Sr Armengod

FEDERICO REPARAZ

Veinte días á la sombra

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

5



Al notable y aplaudido primer actor Don Manuel Armengod, su buen amigo y admirador

Federico Reparaz

VEINTE DIAS A LA SOMBRA

VEINTE DÍAS Á LA SOMBRA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

FEDERICO REPARAZ

Estrenado en el TEATRO LARA el 28 de Diciembre de 1908



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LEONOR........................	SRA.	ORTIZ.
ISABEL...................		RODRÍGUEZ.
VALENTINA.....................	SRTA.	MORENO.
FELISA........................		PARDO.
MARÍA.........................		LA TORRE.
ENRIQUE..............	SR.	PUGA.
LUIS..........................		RUBIO.
PANIZO........................		SIMÓ-RASO.
PEPE..........................		MORA.
CARLOS.........		PÉREZ-INDARTE.
ALBERTO.......................		BARRAYCOA.
FRANCISCO.....................		DE DIEGO.

El acto primero en una quinta en El Escorial; el segundo en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Sala muy elegante en una quinta del Escorial, Segunda derecha puerta general de entrada. Primera derecha una chimenea. En el foro una gran ventana y á la izquierda de la misma una puerta que da al jardín. Dos puertas á la izquierda. Una mesa á la derecha. Un sofá á la izquierda. Mobiliario lujoso de verano.

ESCENA PRIMERA

LEONOR, después FRANCISCO

Al levantarse el telón la escena está desierta. Leonor, por la primera izquierda, se aproxima á la mesa y busca algo. Después Francisco por el foro izquierda.

LEO. Francisco, ¿dónde están los periódicos?

FRAN. (Encogiéndose de hombros.) No sé, señorita. Quizás los tenga el señor.

LEO. Acaba de decirme que no los ha visto. Desde que estamos en el Escorial no hay quién lea un periódico.

FRAN. Supongo que no sospechará usted de mí...

LEO. ¡Naturalmente! Pero ahora mismo va usted á ir á comprarlos á la estación.

FRAN. Bueno, señorita...

(Alberto aparece en la puerta de la derecha del foro con un ramo de rosas; aspecto de ser muy tímido; Francisco, después de aparecer Alberto, vase por la segunda derecha.)

ESCENA II

LEONOR, ALBERTO; después FELISA

ALB. (En el dintel.) ¿Se puede...?
LEO. ¡Pase usted, Alberto, pase usted!
ALB. Buenos días, señora... (Aparte.) ¡Me siento cohibido...!
LEO. ¡Qué flores tan bonitas!
ALB. Regulares nada más...
LEO. ¿Son para mí?...
ALB. (Ofreciéndole tímidamente el ramo.) Si son de su agrado...
LEO. (Sonriendo.) ¡Me las ofrece usted de una manera!...
ALB. (Ingenuo.) No, señora, de ninguna manera... Quiero decir...
LEO. Ha debido usted contestarme: estas flores son para mi adorada Valentina.
ALB. ¡Qué pronto lo ha adivinado usted!
LEO Un hombre no se pone en ridículo llevando flores, sino estando enamorado.
ALB. ¡O cuando es jardinero!
LEO. Voy á avisar á mi cuñada.
ALB Creo que me ha visto desde la ventana.
LEO. En efecto; ahí viene.
FEL. (Por la segunda izquierda, á Alberto.) ¿Hace mucho tiempo que has llegado?
LEO. (Irónica.) ¡Miren la mosquita muerta! ¡Por mí no andéis con cumplidos!
ALB. ¡Qué buena es usted!
FEL. (Señalando á las flores.) ¿Son para mí?
ALB. ¡Precisamente!... ¡Qué perspicacia! (Le da el ramo.)
LEO. ¿Conque por fin se casan ustedes el primero de Septiembre?
FEL. O sea dentro de quince días.
ALB (Tristemente.) ¡Una eternidad!
FEL. Yo quisiera que hiciésemos el viaje de boda en automóvil.
LEO. ¡No imitéis, por Dios, á los de Cervera!
ALB. ¿Qué les pasó?

LEO. Pues que su padrino les obsequió con un magnífico automóvil y el mismo día de la boda se fueron de viaje...

ALB. ¿Y dónde pasaron la luna de miel?

LEO. ¡En el hospital de Burgos!

ESCENA III

DICHOS é ISABEL

ISAB. (Por la primera izquierda.) Buenas tardes, amigo Alberto. (Estrechando su mano.) ¡Huy, no puedo más y aun me falta que hacer un baúl!

ALB. ¿Se va usted?

ISAB. Dentro de una hora.

LEO. Va á pasar unos días con unos amigos nuestros que veranean en San Rafael.

ISAB. A mi yerno quiza no le disguste mi ida, porque hace un mes que le estoy estorbando.

LEO. ¡No digas eso ni en broma!

ISAB. Tienes razón; para mí no es un yerno, sino un hijo.

FEL. ¿Y regresará usted antes de nuestra boda?

ISAB. Descuida.. Ya me he mandado hacer el traje... un traje demasiado claro... porque á mis años...

FEL. ¡Bah, á la edad de usted!...

ISAB. Sí, hija mía; eso dicen todos los comerciantes para vender á las señoras de cierta edad los géneros anticuados.

LEO. Enrique me decía ayer: «Tú madre es notable. Tiene un año menos que el año pasado...»

ISAB. Tu marido es un adulador. Y á propósito, ¿qué tal se encuentra hoy?

ALB. ¿Está enfermo?

LEO. Enfermo precisamente no, pero desde hace algún tiempo le hallo muy nervioso; casi no duerme, y cuando duerme, sueña en voz alta. Apenas come, y la menor contrariedad le pone en un estado de excitación terrible. El, que tenía tan buen humor, se ha vuelto

sombrío, inquieto y, á veces, hasta irascible.

ISAB. Es la neurastenia.

LEO. Huye de las gentes, apenas habla...

ISAB. (Insistiendo.) ¡La neurastenia!

LEO. Se encierra horas enteras con su amigo Marino en el despacho.

ISAB. ¡Naturalmente, la neurastenia!

ALB. ¿Y qué es la neurastenia?

ISAB. La enfermedad de las personas que no saben lo que tienen.

ALB. ¿Y es grave?

ISAB. Aunque lo fuera es la enfermedad de moda y como suena tan bien el nombre ha tenido un gran éxito... ¡Por eso no me extrañaría que el día menos pensado tu amiga Valentina saliera diciendo que padecía neurastenia!

LEO. En ella me lo explicaría, no porque sea la enfermedad de moda, sino porque la pobre se aburre horriblemente. ¡Se ha quedado viuda tan joven...!

ENR. (Dentro.) ¡Voto á mil demonios! ¡No me exaspere usted, déjeme usted en paz! (Todos se miran.)

LEO. ¡Dios mío, es Enrique que riñe á la criada!

ESCENA IV

DICHOS y ENRIQUE

ENR. (Por la segunda izquierda, muy nervioso.) ¡Hola, mamá!... Buenas tardes, Alberto.

LEO. ¿Qué ha hecho María?

ENR. ¡Pues mientras limpiaba el acuario, puso el pez rojo en el vaso del tocador y por poco no hago una barbaridad!

LEO. ¿Con el pez?

ENR. ¡No, con la criada! ¡Es insoportable!

ISAB. (Afectuosa.) ¿Cómo estás hoy?

ENR. Bien, gracias.

ISAB. ¡Cá!... ¡Te encuentro rendido!

ENR. ¡Mamá, si no hago nada!

ISAB. Pero tú piensas... tú cavilas demasiado, y tanto va el cántaro á la fuente...

ENR. ¿Se burla usted...?

ISAB. Yo en tu lugar me cuidaría... ¡Hay muchas personas que estando bien de salud van un día á ver al médico, y, á la mañana siguiente, se sienten muy mal!

ENR. ¡Pues podían ahorrarse la visita!

LEO. (Cariñosa.) Debías llevarnos á Biarritz. ¡Te sentaría tan bien el cambio de aires!

ENR. No me voy á medicinar por daros gusto... Que estoy nervioso, bueno, ¿y qué?

LEO. Nervioso é inquieto...

ENR. (Turbado.) ¿Por qué supones que estoy inquieto?

LEO. Lo ignoro... pero no eres el mismo. ¿Tienes algo que reprocharme?

ENR. ¡Qué pregunta!... (Abrazándola.) ¿No eres la más buena y cariñosa de las mujeres y no te lo digo yo constantemente?

ISAB. (A Alberto.) ¡Mírese usted en ese espejo!

ENR. Es verdad, Alberto. Amar á la mujer propia es un arte más difícil de lo que parece. Yo, que soy un vago, he hallado la más hermosa ocupación de mi vida: ¡hacer la felicidad de mi mujer! Y si logro conseguirla á medida de mi deseo podré decir que he hecho una cosa tan admirable como una obra maestra ó una fortuna inmensa.

LEO. (Abrazándole.) ¡Cuánto te quiero!

FEL. (Aparte á Alberto.) ¡Me tienes que hacer tan feliz como es mi cuñada!

ALB. (A Enrique.) Deme usted la receta.

ENR. Muy sencilla: sacrificarse, ser fiel, no engañarla nunca, ni aun con el pensamiento, no tener que reprocharse ni la cosa más nimia... ¡Eso es todo! (A Felisa y á Alberto.) Ahora podéis iros á pasear cuando gustéis por el jardín.

FEL. ¿Vamos, Alberto?... (Aparte á Alberto.) Tenemos que hablar de este asunto.

ALB. Con mucho gusto, querida Felisa. (Vanse ambos por la puerta que da al jardín.)

ESCENA V

ISABEL, LEONOR y ENRIQUE; después FRANCISCO

LEO. ¡Qué bien hablas!...

ISAB. Te expresas con un entusiasmo... con una convicción... que verdaderamente estoy emocionada.

ENR. (Consultando su reloj.) ¡Diantre, las cuatro!... ¡Ya debía haber venido! (Sentándose á la derecha de la mesa.)

LEO. ¿Esperas á alguien?

ENR. A Pepe Marino.

LEO. (De pie detrás de la mesa.) ¡Si estuvo ayer aquí! Supongo que no tendrás ningún pleito...

ENR. ¿Porque espero á un amigo que es abogado...?

LEO. Naturalmente.

ENR. A Dios gracias no tengo ninguno.

ISAB. (Sentada á la izquierda de la mesa.) Y si lo tuvieras no te aconsejaría que se lo confiaras á un amigo... cuando no cobran no se toman ningún interés.

LEO. ¿A qué viene?

ENR. A hablar de un monte de caza que pensamos alquilar... (Cambiando de conversación. A Isabel.) ¿Y usted se va por fin hoy?

ISAB. Necesariamente; he prometido á los de Calzada que esta noche llegaré á San Rafael.

ENR. Son muy simpáticos, pero tienen una manía insoportable: la de querer casar á todo el mundo.

ISAB. (Sonriente.) ¡Yo no tengo ese miedo!

ENR. (En broma.) ¡No diga usted de esa agua no beberé!

LEO. ¡Ten cuidado! No te reserven un general... viejo y por añadidura gotoso.

ISAB. ¡Qué horror!

ENR. (Sonriente.) ¡Ay, mamá!

LEO. ¡Te has descubierto!

ISAB. (Turbada.) ¿Quién... yo?

ENR. Sí, sí... usted trama algo. Vamos, hable usted.

ISAB. Pues bien, lo confieso: tengo un proyecto. Hace diez años que estoy viuda, y estaba dispuesta á no volverme á casar, pero desde la boda de Leonor no puedo acostumbrarme á esta soledad... Sois muy buenos, pero hay cuidados que vosotros no podéis darme.

ENR. ¡Mi abnegación como yerno no llega hasta ese punto!

ISAB. Hace pocos días me escribió la señora de Calzada...

ENR. (A Leonor con aire de triunfo.) ¿No te decía yo?

ISAB. ... Hablándome de un caballero rico y de una gran familia, que desea casarse conmigo. Pero yo no he querido contestar sin conocer antes vuestra opinión. (A Leonor.) ¿Cuál es la tuya?

LEO. Mi opinión es siempre la de mi marido.

ISAB. (A Enrique.) ¿Y la tuya?

ENR. ¡Pues que hace usted divinamente!... (A Leonor.) ¿Verdad?

LEO. Sí, hace muy bien.

ISAB. Hijos míos, no sabéis el peso que me quitais de encima. (Se levanta y pasa al centro como igualmente Enrique y Leonor.—Llaman.)

ENR. ¿Será Marino? ¡Ya era hora!

ISAB. Mientras tanto voy á terminar de hacer mi equipaje.

LEO. Yo te ayudaré. (Al tiempo de irse, á Isabel.) ¿Verdad que es muy bueno?

ISAB. (Idem.) ¡No es un yerno, es un santo! (Vanse ambas primera izquierda.)

ENR. (Solo.) ¡Ardo de impaciencia!... (A Francisco que aparece por la derecha.) ¿Es el señor Marino? Dígale usted que pase.

FRAN. No, es otro señor.

ENR. ¿Le ha dado á usted su tarjeta?

FRAN. Me ha dicho únicamente que se llama Chaparro.

ENR. (Queriendo recordar.) ¿Chaparro?...

FRAN. ... Y que tiene que hablar al señor de un asunto muy importante.

ENR. (Vivamente.) ¡Que pase, que pase inmediatamente! (Francisco vase.) Quizás sea alguien que me envía Marino.

ESCENA VI

ENRIQUE y LUIS

Luis por la derecha: barba y bigote muy descuidados y el pelo al rape

ENR. ¡Caballero!...
LUIS Hola, Enrique.
ENR. (Saludando.) Caballero...
LUIS ¿No me reconoces?...
ENR. Tengo un vago recuerdo...
LUIS ¿No te acuerdas ya de Chaparro?
ENR. (Tratando de recordar.) ¿Chaparro?
LUIS ¡Luis Chaparro, tu antiguo condiscípulo en el Instituto de San Isidro!
ENR. Espere un momento... (Acordándose de repente y lanzando un grito.) ¡Chaparro!
LUIS ¡El mismo!
ENR. ¡Qué cambiado estás!
LUIS ¡En catorce años que no nos vemos, es natural! En cambio tú estás mejor.
ENR. Siéntate... (Luis se sienta en el sofá y Enrique en una silla.) ¿Qué tal te va?
LUIS Regular, he sufrido muchas contrariedades.
ENR. Tú, el alumno más aplicado é inteligente, la gloria del Instituto de San Isidro, el que obtenía siempre el premio en todas las asignaturas...
LUIS ¡No he logrado crearme una posición!
ENR. Ni siquiera eres bachiller?
LUIS ¿Que si soy bachiller? ¡Nada menos que treinta y dos veces!... Para ganarme la vida, me he examinado otras tantas en casi todos los Institutos de España por varios muchachos ricos, pero vagos, y que me pagaban bien.
ENR. ¡Ah!
LUIS Y además, me he examinado más de sesenta veces de diferentes asignaturas de Derecho y de Filosofía y Letras.
ENR. ¡Ah!

LUIS Y también he hecho varias carreras especiales.

ENR. ¡Pero esa no es una profesión!

LUIS No, pero hay muchos hombres como tú que tienen horror al estudio.

ENR. ¡Para lo que me iba á servir!

LUIS Lo malo es que hubieran concluído por conocerme en todas las Universidades españolas. La última vez en Sevilla me ví en un grave compromiso.

ENR. ¿Por qué?

LUIS Me examinaba del preparatorio de Derecho por un joven, y en medio del examen me dijo con sorna un catedrático: ¿Usa usted el petróleo Gal?... Porque á los dieciséis años tiene usted unas barbas... A pesar de mis protestas, fuí detenido, pero logré burlar la vigilancia de los bedeles y me escapé. Desde entonces he renunciado á examinarme por los demás.

ENR. A un hombre como tú no le es difícil hallar un destino.

LUIS Como no poseo títulos académicos me ha sido imposible.

ENR. ¿Pero no te licenciaste?

LUIS No me quedó tiempo de examinarme por mí.

ENR. ¡Pobre Luis!

LUIS En fin, todo esto para tí no tiene gran interés...

ENR. (Vivamente.) ¡Te equivocas, hombre, te equivocas!

LUIS He venido á visitarte...

ENR. ¡Sí, es verdad... porque tenías que decirme una cosa muy importante!

LUIS Absolutamente nada. Digo siempre lo mismo para que me reciban. ¡Comprenderás que si dijera que venía á pedir un favor me darían con la puerta en las narices!

ENR. ¡El medio es ingenioso!... ¿Qué puedo hacer en tu favor?

LUIS No sé. ¿Necesitas un secretario?

ENR. No hago nada, vivo de mis rentas... ¿Para qué me iba á servir?

LUIS Es un lujo... Hay muchas personas que no hacen nada y que tienen secretario... Yo te sería muy útil, recibiría en tu nombre á los necesitados como yo y los pondría de patitas en la calle, pero siempre con muy buenas palabras, es lo principal.

ENR. (Sonriente.) No tendrías mucho qué hacer.

LUIS ¿No hay entre tus amigos algún bibliófilo rico para que yo haga el catálogo de su biblioteca, ó algún literato á quien le escribiría las novelas?

ENR. No, tengo tan pocas amistades... (Saca y mira su reloj.)

LUIS (Viendo el gesto.) Si te importuno...

ENR. ¡De ningún modo! Espero á un señor que ya debía estar aquí... (Se levanta, y también Luis.)

LUIS Estás inquieto. ¿Tienes algún disgusto?

ENR. ¿Quién no los tiene?

LUIS Juraría que se trata de alguna cuestión de intereses.

ENR. ¡Ca, hombre!

LUIS ¿Quieres que te elijan diputado?

ENR. ¿Te figuras que me he vuelto loco?

LUIS ¡Ah, ya sé qué es! ¿Tu mujer te engaña?

ENR. ¡No digas tonterías! Vamos, Luis, me dispensarás si no te detengo más tiempo... (Saca su cartera.)

LUIS (Con dignidad cómica.) Ya me voy.

ENR. Espera. (Saca un billete de Banco de la cartera.) Permíteme que te ofrezca...

LUIS ¿Cien pesetas?... ¡No, querido Enrique, guárdate ese billete, no he venido por eso, tú me has tomado por un sablista!

ENR. ¡No seas tonto! Entre antiguos condiscípulos...

LUIS No insistas porque me ofenderías.

ENR. ¡Ah!

LUIS A lo sumo, todo lo que yo te aceptaría sería un duro.

ENR. Es muy poco...

LUIS ¡Ni un céntimo más!... Con él me pagaré el viaje de vuelta y cenaré esta noche.

ENR. Bueno, toma.

LUIS (Guardándose el billete de Banco en el bolsillo.) En

cuanto á las cien pesetas, no las acepto más que en calidad de préstamo, ¡de préstamo únicamente! Muy en breve te las devolveré con un interés de cinco por ciento.

ENR. Pero si yo...

LUIS Dispensa... Una cosa es la amistad y el negocio es otra cosa. Te las devolveré en cuanto me halle en posición más desahogada...

ENR. (Aparte.) Más desahogo me parece difícil.

LUIS ... ¡Adiós, Enrique!

ENR. Hasta la vista...

LUIS No me acompañes, conozco el camino. (Vase por la derecha.)

ENR. (Solo.) Pues entonces volverá, lo cual es de sentir.

ESCENA VII

ENRIQUE y FRANCISCO

FRAN. (Por la puerta del jardín.) Señorito, aquí están los periódicos.

ENR. ¿Qué periódicos?

FRAN. Los que fuí á buscar á la estación.

ENR. ¿Quién le ha mandado á usted por ellos?

FRAN. La señorita. Todos los que trajo el cartero esta mañana han desaparecido.

ENR. Démelos usted.

FRAN. ¿Y si la señora los pide?

ENR. Dígalo usted que no los encontró. (Vase Francisco encogiéndose de hombros)

ESCENA VIII

ENRIQUE, MARÍA, VALENTINA, después FRANCISCO

ENR. Veamos si dicen algo... (Leyendo.) Nada... Absolutamente nada. (Entra María por la derecha de repente, dobla los periódicos precipitadamente y se los guarda en los bolsillos de la americana.) ¿Quién es?

MARÍA — La señorita Valentina. Voy á avisar á la señora.

ENR. — Deje, yo lo haré. Dígale usted que pase. (Solo.) ¡Quizás Valentina tenga noticias! (María deja paso á Valentina y después vase.) ¡Pase usted, amiga Valentina!

VAL. — Buenas tardes. ¿Que hay?...

ENR. — (Bajo y turbado.) ¡Pts! (Alto, tratando de disimular.) ¿Cómo está usted? (Se aproxima á la derecha para comprobar si María se ha ido, después cierra la puerta. Bajo y con misterio.) ¿Tiene usted noticias de Madrid?

VAL. — No, por eso he venido.

ENR. — La vista ha debido ser hoy, pero aún no sé nada.

VAL. — ¿Teme usted ser condenado?

ENR. — No, máxime habiendo sido absuelto en el juzgado municipal.

VAL. — ¿Es buen abogado el señor Marino?

ENR. — Tan elocuente como una mesilla de noche.

VAL. — (Sorprendida.) ¿Entonces por qué le ha elegido usted?

ENR. — Es sobrino del juez y por esta causa gana todos los asuntos.

VAL. — Lo celebro. ¡Ay, ya le veía á usted en la cárcel!

ENR. — Aunque tengo la seguridad de ser absuelto, no estaré tranquilo hasta después de saber la sentencia.

VAL. — (Sentándose en el sofá y Enrique en una silla.) ¡Qué lección!

ENR. — Verdad.

VAL. — ¡Dios mío, qué lección para mí! ¿Por qué aceptaría yo su invitación?

ENR. — ¿Qué quiere usted? El hombre propone...

VAL. — (Con cómica indignación.) ¡Y pocas veces la mujer rehusa!

ENR. — ¡No se desespere usted! El asunto no tiene importancia. Mi mujer y Felisa habían ido á Aranjuez á pasar unos días con mi suegra. Fuí aquella tarde al Retiro y tuve la fortuna de encontrar á usted junto al Angel Caído...

VAL. — Y después de dar un gran paseo y hablar extensamente...

ENR. La invité á usted á comer en el Ideal Room.

VAL. (Vivamente.) ¡Yo al principio rehusé!

ENR. Pero terminó usted por aceptar.

VAL. ¡Si después no se hubiera usted empeñado en llevarme al teatro!

ENR. ¡Esa fué mi culpa! Compré dos butacas á un revendedor de la Zarzuela, por ser la única localidad que había. El acomodador se opuso á que tomara usted asiento, mientras no se quitara el precioso pero monumental sombrero de moda que llevaba usted adornado con flores y un avestruz... (Gesto de asombro y de protesta de Valentina.) Surgió un altercado entre ambos y un joven, elegantemente vestido, se aproximó y dió la razón al acomodador tratando á la vez de imponérseme y llamándome ¡fenómeno!

VAL. ¡Y usted, en el acto, le soltó dos sonoras bofetadas!

ENR. (Levantándose.) ¡Si creí que era un distinguido *sportsman* y resultó después que era un agente de policía secreta!

VAL. En resumen, que fué usted detenido.

ENR. Mientras que usted lograba escapar.

VAL. ¡Por fortuna! (Se levanta también.)

ENR. No hubo manera de evitar que interviniera el Juzgado en el asunto. El agente no ha querido indemnización ni ha admitido explicaciones y he sido denunciado por escándalo público y desacato á un agente de la autoridad en el ejercicio de sus funciones.

VAL. ¡Desde aquella infausta noche ni como ni duermo!

ENR. ¡Lo mismo me pasa á mí!

VAL. Tengo remordimientos...

ENR. ¡Y yo, máxime siendo esta la primera vez que me he visto obligado á engañar á mi mujer!

VAL. ¡Yo también es la primera vez que he engañado... á su mujer de usted! Para recobrar la paz de mi espíritu, he tomado hoy una grave resolución: arrojarme á los pies de Leonor y confesarle toda la verdad.

ENR. ¡Valiente resolución!

VAL. Es irrevocable.

ENR. ¿Y para eso hace quince días que hago yo los imposibles para evitar que mi mujer se entere? He hecho toda clase de gestiones á fin de que ningún periódico se ocupe del asunto, y para mayor seguridad hago desaparecer cuantos se reciben en esta casa. Mire usted cómo tengo los bolsillos... (Sacando periódicos de todos ellos.) ¿Y quiere usted confesárselo todo á Leonor? ¡Usted no hará eso!

VAL. Creo que así calmaría mis remordimientos... Recobraría quizás el sueño y el apetito..

ENR. ¡Pero los perdería mi mujer! ¡Usted no lo ha pensado bien!

VAL. ¡Tiene usted razón!

FRAN. (Por la derecha, anunciando.) ¡El señor Marino!

ENR. (Nervioso.) ¡Por fin, ya era hora!... (Francisco vase después de dar paso á Pepe)

ESCENA IX

DICHOS y PEPE

PEPE (Por la derecha; traje de automovilista; saludando al ver á Valentina.) ¡Señora...! (A Enrique.) Dispénsame, la vista ha terminado á las tres... he venido en automóvil.

ENR. ¡Vamos, dí pronto!

PEPE (Mirando á Valentina.) Pero... es que...

ENR. La señora está en autos de todo: habla, que ardo de impaciencia.

PEPE (Se quita tranquilamente el guardapolvo, las gafas y la gorra, y deja todo en una silla.) Tranquilízate: el asunto está arreglado.

ENR. (Con un suspiro de satisfacción.) ¡Gracias á Dios!

VAL. ¿Han hablado de la señora con quien..?

PEPE Sí, pero ignoraban quién era... ¡Después de leer el secretario el parte de la Comisaría, las declaraciones de los testigos y la sentencia del Juzgado municipal, el fiscal ha tomado la palabra y te ha puesto verde!

ENR. ¿Pero yo qué le he hecho?

PEPE «En los tiempos actuales,—comenzó manifestando,—las clases acomodadas debieran dar ejemplo... Pero el caso que nos ocupa demuestra bien á las claras que el acusado es un vago, un inútil, un calavera...»

ENR. (Molesto.) ¡Bueno, bueno, abrevia!

PEPE ¡Si no dijo ni la mitad de lo que podía haber dicho! ¡Ay, si yo me hubiera visto en su lugar!

ENR. ¿Y la sentencia?

PEPE (Calmoso.) Espera, hombre, no seas impaciente... Antes fué mi defensa... Señora: ¿usted me ha visto defender á alguien?

VAL. No, y crea usted que lo siento.

PEPE ¡Hoy estaba yo de vena y he hablado con más elocuencia que Cicerón! ¡No es por alabarme, pero he producido una impresión tremenda!

ENR. ¿Qué has dicho?

PEPE ¡En primer término que eras irresponsable!...

ENR. (Interrumpiéndole entusiasmado.) ¡Muy bien!

PEPE Porque como todos los degenerados, (Gesto de estupor de Enrique.) eras un impulsivo, un carácter terriblemente irascible, un maniático.

ENR. (Furioso.) ¡Pues me gusta!

PEPE Que tu inteligencia dejaba mucho que desear, porque de un pobre cretino...

ENR. (En el colmo de la indignación.) ¿Pero has dicho eso?...

PEPE (Con énfasis.) ¡Y mucho más! ¡¡Que el tribunal debía perdonar á un pobre idiota á quien el alcohol y los vicios habían completamente degradado!!

VAL. (Sonriente.) ¡Bien ha puesto usted á su defendido!

ENR. ¡Mi abogado insultándome, esto es el colmo!

PEPE Era absolutamente indispensable para lograr tu absolución...

ENR. ¿Y en vista de ello?...

PEPE Pues en vista de ello... te han condenado á veinte días de cárcel y al pago de las costas.

ENR. (Estupefacto.) ¿Cómo? ¡Repite!... ¿Que yo he sido condenado ..?

PEPE A veinte días de cárcel.

ENR. ¡Estoy perdido!
PEPE Y además no puedes apelar.
ENR. ¿Veinte días de cárcel y no puedo apelar? ¿Y aún te atreves á decirme que todo está arreglado?
PEPE ¡Eso no es nada! ¡Te ha podido costar muy caro!
ENR. (Furioso.) ¡Pepe: no digas ni una palabra más... ó te extrangulo!
VAL. ¡Por Dios, Enrique!
ENR. ¡Señora, este hombre me pone fuera de mí! ¡Entra como si trajera una buena noticia y me anuncia que tengo que pasar veinte días á la sombra!
PEPE ¡Ten valor!
VAL. (A Pepe.) ¿Pero el juez no era pariente de usted?
PEPE Sí, pero ha habido una propuesta de ascensos en Gracia y Justicia y ha sido ascendido á Magistrado, habiendo sido nombrado para sustituirle don Carlos Ramírez de Llanos, un juez que asegura que no hay inocentes y á quien llaman «el Herodes de la carrera judicial!»
ENR. ¡Si yo hubiese previsto esta solución, hubiera revuelto á Roma con Santiago, pero como me asegurabas que saldría absuelto...!
PEPE ¿Pero yo qué culpa tengo que hayan ascendido á mi tío?
ENR. ¡Me has defendido como un asno!
PEPE (Estupefacto.) ¡Enrique!
VAL. (Suplicante.) ¡Amigo mío!
ENR. (A Pepe.) ¡No tienes pizca de talento, todo el mundo se ríe de tí!
VAL. ¡No diga usted eso!
PEPE (Con aire de suficiencia.) ¡Bah, si me hubieras visto!
ENR. ¡Te elegí por tu parentesco con el juez! ¡Pero te juro que á mí no me tienen veinte días á la sombra!
PEPE (Con dignidad.) ¡Basta, no digas más...! Me retiro...
ENR. (Dándole su gorra, sus gafas y su guardapolvo.) ¡Puedes irte cuando gustes, no te detengo!

PEPE (Medio mutis.) ¡Ah! Se me olvidaba una cosa muy importante: esta noche, sin falta, tienes que presentarte en la Cárcel Modelo.

ENR. ¿Esta noche? ¡Ay! (Se deja caer sofocado de cólera á la izquierda de la mesa.)

VAL. ¡Dios mío!... ¿Qué le pasa?

PEPE (Azorado.) ¡Voy á llamar!

VAL. ¡Por Dios, no llame usted!... ¡Dele usted agua!... Voy á impedir que Leonor se entere... (Vase precipitadamente primera izquierda.)

PEPE Bueno, señora. (Sumamente echa un vaso de agua y se lo bebe, después echa otro vaso y da de beber á Enrique.)

ESCENA X

ENRIQUE y PEPE

PEPE (Después de breve pausa.) Vamos, Enrique... Tranquilízate, vuelve en tí.

ENR. Gracias, ya estoy mejor. Dispénsame si en un arranque de cólera...

PEPE Ya lo he olvidado.

ENR. ... Te he llamado asno.

PEPE Eso no tiene importancia.

ENR. ¿Pero qué haré?

PEPE ¡Pues cumplir la condena constituyéndote esta noche en prisión!

ENR. Para ello tendría antes que confesar á mi mujer que había abofeteado á un agente de policía, yendo en compañía de su más íntima amiga, lo cual la haría sospechar...

PEPE El trance es duro para tí, pero no hay otro remedio.

ENR. (Levantándose.) ¿Confesarlo todo á Leonor? ¡Eso jamás, jamás, y jamás! ¡Sería la causa de nuestro divorcio!

PEPE ¡Así aprenderás á no engañar en lo porvenir á tu mujer!

ENR. ¡Si no la he engañado más que... moralmente, y eso es lo que siento! ¡El único hombre que no engañó nunca á su mujer fué Adán!

¡Sálvame, Pepe, y yo te prometo que no haré ninguna locura más en mi vida!

PEPE ¡Bah, eso es mucho decir!

ENR. (Exasperado.) ¡Que te parta un rayo si miento!

PEPE ¡Tranquilízate!

ENR. ¿No se te ocurre nada para sacarme del apuro?

PEPE Te repito que no cabe apelación contra la sentencia.

ENR. ¿Ni siquiera podríamos ganar tiempo?

PEPE Lo intentaré... Voy á telefonear al secretario particular del Ministro que fué condiscípulo mío... ¿Tienes teléfono?

ENR. Sí, en esa habitación. (Indicando la primera derecha. Acordándose de repente.) ¡Pero no, ahí están mi mujer y mi suegra! ¡Vete á la oficina de Telégrafos que está á dos pasos de aquí!

PEPE (Recogiendo sus objetos.) Dentro de cinco minutos volveré. ¡Hasta ahora! (Vase por la derecha.)

ESCENA XI

ENRIQUE, después LUIS

ENR. (Solo.) Lo que yo debía hacer era escaparme... ¿Pero á dónde? Con la estúpida manía de la extradición sería por fin detenido...

LUIS (Tímido, aparece por la derecha.) Soy yo.

ENR. (Sulfurado.) ¿Otra vez? ¡No, chico, ahora no tengo tiempo!

LUIS No te incomodes... En seguida me voy... Te traigo el duro que me diste... (Tendiéndole la moneda.)

ENR. Puedes quedarte con él...

LUIS No... porque es falso.

ENR. (Sonriendo bondadosamente.) Bueno, te daré otro.

LUIS ¡Gracias, eres un verdadero amigo!

ENR. (Al darle el duro lanza un grito ocurriéndosele una idea.) ¡Ah!

LUIS (Asustado.) ¿Qué?

ENR. (Guardándose la moneda en el bolsillo.) ¡Luis, el cielo te envía!

LUIS (Temeroso.) Permíteme que dude que el cielo se mezcle en estas cosas.

ENR. (Obligándole á sentarse á la izquierda de la mesa.) Por lo pronto, ¡siéntate, siéntate!

LUIS (Obedeciendo.) Ya estoy... ¿Por qué me miras así?

ENR. ¿Quieres ganarte diez mil pesetas?

LUIS (Levantándose de un salto, estupefacto.) ¡Dios mío, se ha vuelto loco!

ENR. ¡No, siéntate de nuevo! ¡Te voy á pedir un gran favor, y si aceptas el asunto que te voy á proponer cobrarás dos mil duros!

LUIS ¿Quieres que me examine por tí de todas las asignaturas de derecho?

ENR. No, querido Luis... La cosa es más fácil.. Se reduce á que pases veinte días en la cárcel.

LUIS ¡Caracoles!

ENR. Oyeme: he sido condenado por haber abofeteado á un agente... Mi mujer lo ignora, y como quiero que siga ignorándolo en lo porvenir, necesito que alguien se tome la molestia de reemplazarme...

LUIS ¡Comprendido!

ENR. Te ofrezco quinientas pesetas diarias durante los veinte días y te pago un día adelantado, (Saca los billetes.) y mientras que estés á la sombra, en lugar mío, yo iré á Biarritz en donde permaneceré un mes. Yo te enviaré desde Francia el resto de esa suma el mismo día que salgas de la Cárcel modelo... ¿Vacilas?

LUIS (Levantándose y alegremente.) ¡Qué he de vacilar! ¡Dos mil duros! ¿Estoy soñando?... ¡Pellízcame!...

ENR. ¿Luego quedamos de acuerdo?

LUIS (Tendiéndole su mano.) Completamente.

ENR. (Dándole los billetes.) Aquí tienes cinco billetes de cien pesetas... Cómprate trajes y ropa blanca, porque con esa indumentaria no puedes pasar por un hombre de mi posición.

LUIS Descuida, me presentaré en la cárcel vestido como un perfecto caballero.

ENR. Aquí tienes mi cédula personal, mis tarjetas, la de socio del Casino, etc. (Dándoselas.)

LUIS (Guardándose los papeles en el bolsillo.) ¡Perfectamente! ¡Yo he hecho en este mundo por los demás, pero nunca he cumplido condena por otro...!

ENR. Con dinero lo pasarás allí divinamente... No se te olvide que esta noche, antes de las nueve, tienes que presentarte en la Cárcel Modelo.

LUIS ¡Puedes estar tranquilo!... ¡Adiós, Enrique! (Medio mutis.)

ENR. ¡Adiós, y gracias!

LUIS (Bajando.) ¡Qué cabeza la mía! (Ofreciéndole un billete.)

ENR. (Con el billete en la mano.) ¿Qué es esto?

LUIS Las cien pesetas que antes me prestaste... ¡Te prometí que te las devolvería en cuanto tuviera dinero!... ¡Yo cumplo siempre mi pa labra!

ENR. Pero...

LUIS ¡Pst! Ni una palabra más, porque me disgustarías. ¡Hasta la vista! (Aparte al tiempo de irse.) ¡Qué suerte, pero qué suerte! (Saltando alegremente vase por la derecha.)

ESCENA XII

ENRIQUE, después FRANCISCO, FELISA, ALBERTO y LEONOR

ENR. ¡Es un tipo célebre, pero me saca del gran compromiso! (A Francisco, que aparece por la segunda derecha.) ¡Francisco!

FRAN. Señor...
(Con mucha animación hasta el final del acto.)

ENR. Diga usted á mi mujer y á mi hermana que vengan. Avise usted después al chauffeur que prepare el automóvil.

FRAN. Bueno, señor. (Vase por la puerta del jardín.)

ENR. (Solo.) Para mayor seguridad me llevaré á Felisa y á Leonor.

FEL (Por la puerta del jardín seguida de Alberto.) ¿Me llamas?

ENR. Sí... ¿Dónde está Leonor?

FEL. Hace un instante estaba con tu suegra.

ALB. (A Enrique.) Como el momento me parece verdaderamente oportuno, quisiera hablar á usted de nuestra boda...

ENR. (Sin dejar de hojear la Guia de ferrocarriles.) ¡Ya hablaremos de ello después! (Viendo aparecer á Leonor por la primera izquierda.) ¡Leonor!

LEO. ¿Qué quieres?

ENR. Te voy á dar una buena noticia. Tú, Felisa y yo salimos hoy mismo para Biarritz.

LEO. ¿Cómo es eso?

ENR. Estoy convencido que para mi salud es absolutamente imprescindible el viajar.

FEL ¿Y cuánto tiempo estaremos fuera?

ENR Un mes.

ALB ¿Un mes?

FEL ¡Pero si mi boda es el primero de Septiembre!

ENR. ¿Quién ha dicho eso?

LEO. Tú mismo fijaste la fecha ayer.

ENR. ¡Pues os casaréis dentro de dos meses, es lo mismo!

ALB (Protestando.) ¡Lo mismo no!

ENR. ¿Prefiere usted acaso que entierren á su futuro cuñado? ¡Es usted muy egoísta! ¡Me están ustedes viendo medio muerto! (Gritando.) Sí, medio muerto. Hace un rato decía tu mamá...

LEO. ¡No exageres!

ENR. ¡Bueno, pues entonces tu madre está loca!

LEO. ¡No te incomodes!

ENR. (Fingiendo aun mayor indignación.) ¡Lo que sucede es sencillamente inaudito! Hace media hora todo el mundo me aconsejaba que viajara y yo no quería.—Y ahora que cedo á vuestras exigencias os oponéis... ¡Qué veletas!

LEO. ¡Cálmate, Enrique!... Todo se puede arreglar... Nos iremos dentro de una semana...

FEL. (Suplicante.) Sí, nada más que una semana!

ENR. ¡A la altura que está mi neurastenia, necesito, por lo menos, veinte días de aire puro, de aislamiento!

LEO. Tiene razón Enrique, hermana mía; este viaje es necesario.

FEL. ¡Pero es demasiado repentino!
ALB. ¡Efectivamente!
ENR. ¿Qué dice usted?
ALB. ¡Nada, no digo nada!
LEO. Pues entonces mañana nos iremos.
ENR. Lo más prudente es que nos vayamos ahora mismo. El menor retraso quizás me fuera fatal...
LEO. Necesitamos al menos hacer los baules.
ENR. ¿Baules en el siglo veinte? Coged varias maletas y meted en ellas nada más que los objetos indispensables, como los *yankees*. Ya compraremos en el viaje cuanto necesitemos. ¡Daos prisa, el automóvil está listo, tenéis diez minutos!
FEL. (Aparte á Alberto.) ¡Pobre Alberto mío!
ALB. ¡Querida Felisa, la vida es muy amarga!
FEL. ¿Te acordarás mucho de mí?
ALB. ¡Te escribiré tres veces todos los días!
LEO. (A Felisa.) ¡Anda, que no tenemos tiempo que perder!
FEL. ¡Vamos, vamos! (Vanse ambas por la primera izquierda.)

ESCENA XIII

ALBERTO y ENRIQUE; después PEPE

ALB. (A Enrique.) ¿No prolongarán ustedes su viaje?...
ENR. (Sin dejar de mirar nuevamente la guía.) No, hombre, esté usted tranquilo.
PEPE (Por la derecha.) He hablado por teléfono...
ENR. (Deteniéndole con un gesto.) ¡Calla!... (A Alberto.) ¿Tendría usted la bondad de ver si el chauffeur está dispuesto?
ALB. Con mucho gusto. (Vase por la puerta del jardín.)
ENR. Puedes hablar.
PEPE. El secretario del Ministro no ha podido estar más amable. Me ha dicho por teléfono que su jefe te concede tres dias de plazo. ¡Creo que estarás contento!

ENR. ¡Rechazo esos tres días! ¡No quiero deber nada á este Gobierno que me molesta! ¡Esta misma noche, á la hora marcada, Enrique Mendoza se presentará en la Cárcel Modelo!

PEPE ¡Pero tu mujer se enterará de todo!

ENR. No sabrá nada, porque me la llevo.

PEPE (Asombrado.) ¿A la Cárcel Modelo?

ENR. ¡No, á Biarritz!

PEPE ¡Tú desvarías!...

ENR. He encontrado un sustituto, antiguo condiscípulo mío, que cumplirá la condena por mí.

PEPE (Sobresaltado.) Pero desgraciado, ¿sabes á lo que te expones? ¡Suplantación de estado civil y quebrantamiento de condena, artículos 129 y 485 del Código penal, ó sean de seis años y un día á doce años de presidio para tí y para tu cómplice!

ENR. ¡Déjame en paz! ¿Quién me va á denunciar? ¡Seguramente no serás tú! Además, es el único medio de que dispongo para ocultar la verdad á Leonor.

PEPE (Suplicante.) Lo que vas á hacer es una locura... No permitiré que...

ENR. (Vivamente.) ¡Silencio! ¡Mi mujer!

ESCENA XIV

DICHOS, LEONOR, ISABEL, FELISA, ALBERTO y FRANCISCO, que trae el abrigo y sombrero de Enrique.

LEO. (Por la primera izquierda, seguida de Felisa y doña Isabel.) Ya estamos listas.

ISAB. ¿Pero es verdad que os vais?

ENR. Sí, ahora mismo.

(Alberto entra por la puerta del jardín.)

PEPE ¡No! ¡No se puede, no se puede ir!

ENR. (Poniéndose el gabán.) ¡Bah, déjame en paz! ¡Vámonos, vámonos!

FEL. ¡Hasta la vista, Alberto!

ALB. ¡Felisa mía, adiós!

ENR. (Tirando de Leonor.) ¡Anda!... ¿Vamos?...

LEO. ¡Déjame siquiera que bese á mamá!

ENR. ¡Ya la besarás á la vuelta!... (Desaparece rápidamente por la derecha con Leonor, Felisa y Alberto.)

ISAB. (Asombrada.) ¡Pero esto no es una despedida, sino una evasión!

PEPE. (Dejándose caer á la derecha de la mesa.) ¡Desgraciado!

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala con puerta al foro. Dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda. La de la segunda derecha es la puerta general de entrada. Un sofá á la izquierda. Una mesa de despacho á la derecha. Butacas delante de la mesa y á la izquierda. Una silla á la derecha.

ESCENA PRIMERA

ISABEL por la segunda derecha, seguida de MARÍA. Después ALBERTO

ISAB. ¿Y aquí ha limpiado usted? (Examinando la habitación.)

MARÍA Sí, señora.

ISAB. Me ha escrito mi hija que vea si la casa está arreglada. Regresan hoy de Francia.

MARÍA ¿Se han divertido mucho?

ISAB. Les ha ido divinamente en Biarritz.

MARÍA (Viendo aparecer á Alberto por la segunda derecha.) ¡Don Alberto!

ALB. ¿Cómo está usted, señora?

ISAB. Bien, gracias. ¿Y usted?

ALB. Regular. Llamé en su casa, pero me dijo la criada que estaba usted en el piso de abajo, en casa de su yerno. ¿Ha tenido usted noticias de ellos?

ISAB. Sí; ¿pero Felisa no le ha escrito á usted?

ALB. (Tristemente.) ¡Nada más que dos cartas diarias de tres pliegos cruzados todos los días!

ISAB. ¿Y se queja usted codavía?

ALB. ¡Ha sido tan larga esta separación! ¡Sólo iban á estar fuera veinte días y han permanecido en Francia mes y medio!

ISAB. La penitencia de usted acabará dentro de unos minutos.

ALB. ¡Sí, ya lo sé!

ISAB. Enrique vuelve completamente curado.

ALB. ¡Pero el que está ahora enfermo soy yo! ¡Enfermo de impaciencia!

ISAB. Eso es el amor.

ALB. En cambio yo á usted la encuentro rejuvenecida.

ISAB. ¡Tanto me lo dicen todos que acabaré por creerlo! ¡Ay, amigo Alberto, es tan hermosa la vida, tan hermosa!...

ALB (Completamente abstraído y con lirismo.) ¡Sí, doña Isabel, sobre todo cuando esté aquí Felisa!

ISAB. ¡Tengo unas ganas de ver á mi yerno... unas ganas!...

ALB. (Aparte.) ¡A esta señora la pasa algo!

ISAB. (Viendo aparecer á Leonor y Felisa en la segunda derecha.) ¡Aquí están ya!

ESCENA II

DICHOS, LEONOR y FELISA. Después ENRIQUE

LEO ¡Mamá!

ISAB. ¡Leonor!

FEL. ¡Alberto!

ALB. ¡Querida Felisa!

FEL. (Aparte á Alberto.) ¿Me quieres mucho?

ALB. (Idem.) ¡Más que nunca, cielín! (Saludos mútuos.)

ISAB. ¿Pero dónde está Enrique?

ENR. (Por la segunda derecha.) Aquí me tiene usted, querida mamá.

ISAB. ¡Estás admirablemente!

ENR. (Alegre.) El aire del mar, el reposo, el ejercicio...

ISAB. ¿Y la neurastenia?

ENR. ¡Desapareció!... ¡Hola, querido Alberto! (Estrechando su mano)

LEO. (A Isabel) ¡Ha recobrado su buen humor!

ENR. Leonor exagera... Me encuentro bien, eso es todo... (A Alberto y Felisa.) Ahora podemos acordar la fecha de vuestra boda.

LEO. Ya hablaremos de ello esta noche.

ENR. ¿Y por qué no ahora mismo? Se necesita tiempo para las amonestaciones.

ALB. ¡El domingo puede ser la primera!

ENR. ¿Y los papeles?

ALB. Aquí están. (Sacando varios documentos) Como escribí á Felisa está todo corriente, y sólo esperaba á ustedes para ir á la Vicaría.

FEL. (A Alberto.) Pues anda, date prisa mientras nosotras nos arreglamos.

ALB. ¡Vuelvo en seguida! (Vase segunda derecha.)

FEL. (A Enrique.) ¡Qué bueno eres! (Después de abrazarle vase por la segunda izquierda.)

ESCENA III

ENRIQUE, LEONOR é ISABEL. Después FRANCISCO. Luego PEPE, y por último MARÍA

ISAB. ¡Pero qué bien estás!

ENR. También yo á usted la encuentro rejuvenecida.

ISAB. Lo mío tiene su explicación.

LEO. ¿Te han tratado bien los de Calzada en San Rafael?

ISAB. ¡Admirablemente!

ENR. ¿Y el viejo general?

ISAB. ¿Qué general?

ENR. El pretendiente de usted, mi futuro suegro.

ISAB. ¡Ni es general ni es viejo! Es muy simpático y está enamorado de mí como un estudiante.

ENR. Lo celebro.

ISAB. Pero...

LEO. ¿Hay pero?

ISAB. Francamente... no me he atrevido á confesarle que tenía una hija casada.

ENR. (Alegremente.) ¿Nos ha suprimido usted del reino de los vivos?

ISAB. Perdonadme, pero comprenderéis que una suegra no es tan poética como una viuda. Hoy vendrá á saber mi respuesta definitiva y pienso confesarle toda la verdad.

ENR. Gracias por resucitarnos.

FRAN. (Por la segunda derecha, anunciando.) El señor Marino.

ENR. (Vivamente.) ¡Que pase! (Francisco vase.)

LEO. (A Enrique.) ¿A qué viene?

ENR. A hablarme de ese monte de caza que pensamos alquilar.

LEO. ¡Pues no se descuida!

PEPE (Por la segunda derecha, saludando.) Señoras... Querido Enrique... ¿Molesto?

ENR. ¡Qué has de molestar!

LEO. (A Pepe.) Viene completamente restablecido.

PEPE ¿Luego has estado enfermo?

ENR. (Vivamente.) ¡Bien sabes que fuí á Biarritz con objeto de curarme la neurastenia!

PEPE ¡Ah, sí! ¡Qué cabeza la mía! ¡Como que yo decía á todo el mundo... ¡Ese pobre Enrique acabará mal!

MARÍA (Por la segunda izquierda.) Señora, ya han traido los baules.

LEO. Voy. (Vase María.) Mamá, ven á ayudarme. (A Pepe.) Les dejo solos para que hablen ustedes del monte.

PEPE ¿De qué monte?

LEO. Del que piensan ustedes alquilar.

PEPE ¡Pero si yo en mi vida he cogido una escopeta en la mano!

ENR. (Empujándole vivamente hacia la derecha.) ¡Sí, hombre! ¿No te acuerdas? (A Leonor.) ¡Anda, déjanos solos! (Vanse Leonor é Isabel por la primera izquierda.)

ESCENA IV

ENRIQUE y PEPE. Después FRANCISCO

ENR. ¡Qué torpe eres!

PEPE ¡Como no me pones al corriente de tus embustes!

ENR. Cuando se es amigo de un hombre casado se está siempre alerta. (Haciéndole sentar junto á la mesa, y sentándose á la derecha.) ¿Qué ha pasado durante mi ausencia?

PEPE Pues que tu sustituto ha cumplido la condena.

ENR. ¿Y no han sospechado?...

PEPE ¡Nada! El interesado salió de la cárcel hace pocos días, y siguiendo tus instrucciones, le entregué el dinero.

ENR. ¿Y qué más?

PEPE ¡Absolutamente nada! ¡No querrías que le llevara á mi casa y le concediese la mano de mi hermana!

ENR. ¡En fin, ya ha terminado ese maldito incidente!

PEPE ¡Te ha podido costar muy caro!

ENR. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah!

PEPE La justicia no admite burlas y te has expuesto á ir á presidio.

ENR. (De broma.) ¡Sí, y á que me ahorcaran!

PEPE ¡Como lo supiera don Carlos Ramírez de Llanos, te ibas á divertir!

ENR. Le estoy muy agradecido al Herodes de la carrera judicial, porque le debo un viaje agradabilísimo y porque regreso más enamorado que nunca.

PEPE ¿De tu mujer?

ENR. De mi mujer en primer término, y después de Valentina, ¡de Valentina, sobre todo! ¡Aquel maldito agente de vigilancia!

PEPE ¡Qué cinismo!... ¿Qué me dijiste hace un mes?

ENR. ¡Que me habías defendido como un asno!

PEPE ¡No, hombre, después! ¡Me prometiste que no engañarías más á tu mujer!

ENR. ¡Los mudos son los únicos que no faltan nunca á su palabra! ¡Esa es una cosa natural!

PEPE (Sulfurado.) ¡Engañar á su mujer no es cosa natural!

ENR. ¡Si no la engaño, la evoco! Cada cual entiende la fidelidad á su manera!

PEPE ¿No tendrás el tupé de...?

ENR. ¡Ya lo creo! Valentina vendrá dentro de un instante.

PEPE ¿La has escrito?

ENR. No soy tan tonto. He hecho que mi mujer la dirigiese una postal anunciándola su regreso y citándola para esta tarde.

PEPE ¡Es el colmo! ¡Enrique, ten cuidado; esto acabará mal!

ENR. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah! (A Francisco, que aparece en la segunda derecha.) ¿Quién es?...

FRAN. La señorita Valentina pregunta por la señora.

ENR. (Bajo á Pepe) ¿No te lo decía yo? (Alto.) ¡Que pase! (Francisco vase.)

PEPE Me disgusta tu conducta y prefiero retirarme.

ENR. Bueno, pero vete por aquí. (Conduciéndole hasta la puerta del foro.)

PEPE Y no se te olvide que esto acabará...

ENR. (Empujándole.) ¡Muy mal!... ¡Ya lo sé! (Solo.) Es muy buen amigo, pero es demasiado tonto.

ESCENA V

ENRIQUE y VALENTINA; después FRANCISCO

VAL. Buenas tardes, señor Mendoza.

ENR. ¿Cómo está usted? (A Francisco.) Puede usted retirarse. (Vase, aproximándose vivamente á ella.) ¡Valentina de mi corazón!...

VAL. (Deteniéndole con un gesto; seria.) ¡Alto! ¿Vuelve usted ya á las andadas? (Retrocediendo.)

ENR. ¡Si supiera usted lo feliz que soy al volverla á ver!

VAL. (Friamente.) Yo también lo celebro mucho. (Sentándose en el sofá.) ¿Ha cumplido usted su condena?

ENR. ¿Que si he cumplido?... ¡Si, sí!

VAL. ¿Y ha recibido usted mis regalos?

ENR. ¿Los regalos de usted?

VAL. Le he enviado á usted varias veces jamón en dulce, mariscos, cigarros, Jerez...

ENR. ¡Sí, sí! (Aparte.) ¡Qué suerte tiene ese pillo! (Alto.) Muchas gracias; ¡qué buena es usted! (Se sienta junto á Valentina, pero ésta se levanta rápidamente y pasa á la derecha.) ¡Valentina!

VAL. ¡No tan buena como usted se figura; repórtese usted!

ENR. (Sentado y tendiéndole las manos.) ¡No puedo! ¡En mi calabozo sólo he pensado en usted!

VAL. ¿Qué pretexto ha dado usted á su mujer para explicar su ausencia?

ENR. Mañana se lo diré á usted en su casa.

VAL. Tengo que hacer y no puedo recibirle.

ENR. Pues entonces, pasado.

VAL. Pasado mañana, tampoco. (Pasando á la izquierda.)

ENR. (Suplicante.) Bien sabe usted que ha operado sobre mí una revolución.

VAL. ¡Las revoluciones no duran nunca! ¡Cometí una ligereza al aceptar su invitación.

ENR. ¿Luego no puede usted quererme?

VAL. No, y voy á serle franca. Soy hija de un fiscal y mi abuelo fué magistrado. Cuando supe la condena de usted, se operó en mí una especie de reacción y desde aquel instante he cambiado completamente de opinión acerca de usted.

ENR. ¡Pero si por usted fuí condenado!

VAL. ¡No digo lo contrario!

ENR. Debía usted adorar al hombre que fué tan caballeroso...

VAL. ¡Sí debía, pero no puedo!.. La sangre de mis antepasados se subleva en mis venas ante esta idea! (Señalándole.) ¡Yo no puedo ser amiga de un... delincuente!

ENR. ¡Eso es demasiado!
VAL. ¿No ha cumplido usted una condena?
ENR. (Sonriente.) ¡No! He hecho que la cumpla por mí un pobre diablo!
VAL. ¿Luego entonces mis regalitos?...
ENR. ¡Se los habrá comido él!
VAL. ¡Si yo lo hubiera sabido!
ENR. Y ahora que estoy rehabilitado ante sus ojos, ¿no puede usted quererme?
VAL. ¡No; eso agrava el asunto! ¡Ahora es usted un reincidente!
ENR. (Furioso.) ¡Qué ingratas son las mujeres... ¡Sacrifíquese usted para oir después por toda recompensa: ¡No puedo quererle, es usted un criminal, un reincidente!...
FRAN (Por la primera derecha.) Señorito: está ahí un sujeto que pregunta por usted.
ENR. ¿Quién es?
FRAN. No sé. Dice que era vecino de usted en el hotel del doctor Salillas.
ENR. (Sobresaltado.) ¿Del doctor Salillas?
FRAN. Asegura además que fué usted quien le mandó que viniera á visitarle.
ENR. Dígale que pase. (Vase Francisco.)
VAL. ¿Quién será?
ENR. Lo ignoro, pero presiento una grave contrariedad. Mal puedo haberle yo invitado no habiendo estado nunca en la Cárcel Modelo.
VAL. Usted, no; pero quizás su sustituto...
ENR. ¡Sí, no puede haber sido otro!
VAL. Voy á saludar á Leonor; después me contará usted todo... (Bajando.)
ENR. ¡No se vaya usted sin que hablemos! (Valentina vase primera izquierda. Solo.) Debe ser cosa de Luis... ¿Pero por qué me enviará á este individuo?

ESCENA VI

ENRIQUE, FRANCISCO y PANIZO; después MARÍA

FRAN. (En el dintel de la primera derecha.) Pase usted. (Entra Panizo. Tipo achulado. Traje usado y alpargatas. Vase Francisco.)

PAN. ¿El señor Mendoza?
ENR. Yo soy... ¿Es usted quien...?
PAN. Sí, el mismo. (Tendiéndole su mano.) ¿Cómo estás?
ENR. Dispense... ¿Quién es usted?
PAN. (Sorprendido.) ¿Quién quieres que sea? ¡¡Panizo!!
ENR. ¿Panizo?
PAN. ¡Sí, tu compañero, tu vecino de celda en el Abanico.
ENR. (Aparte.) ¡Es un amigo de Luis! (Alto.) ¿Qué viene usted á hacer aquí?
PAN. ¿Ahora salimos con esas? ¡Fíate de los amigos!
ENR. ¿Amigos usted y...?
PAN. ¡Vamos, hombre, tutéame!
ENR. (Haciendo un esfuerzo.) Si te empeñas... ¿Qué quieres?
PAN. ¿Ya no te acuerdas? ¡Qué mala memoria tienes!
ENR. Es que fumo mucho.
PAN. Haces mal. El tabaco embrutece á los hombres; te lo digo yo por experiencia.
ENR. ¡Si tendré mala memoria que juraría que no te he visto en mi vida!
PAN. (Soltando una carcajada.) ¡Ja, ja! ¡Tiene gracia! ¡Como que *en jamás* nos hemos visto!
ENR. (Sorprendido, pero sonriendo á su pesar.) ¿Pues entonces, cómo nos conocemos?
PAN. ¡Chico, tienes que cuidarte mucho y sobre todo no fumes tanto! ¿No te acuerdas que hablábamos de una á otra celda por medio del tubo del calorífero?
ENR. ¡Tienes razón! (Aparte.) ¡Comprendido!
PAN. Y por el tubo te conté que yo era periodista.
ENR. (Asombrado.) ¿Periodista?
PAN. ¡Sí, que vendía periódicos! (Pregonando.) ¡*La Corres*...! ¡*El Imparcial*! ¡*Los Sucesos de la Semana*!
ENR. (Tapándole la boca.) ¿Te quieres callar?
PAN. Pero un *gachó* que me tiene *hincha* y es confidente de la *poli*, se *boqueó* un día, y ese Herodes, ese salvaje de Ramírez de Llanos me ha tenido tres meses injustamente en *chirona*.

ENR. (Con rabia.) ¡Maldito!...

PAN. ¡Verdaz que también á tí te tuvo veinte días á la sombra!

ENR. ¿Cómo lo sabes?

PAN. ¡Porque tú me lo contaste lo de la Zarzuela por el tubo del calorífero!

ENR. (Aparte, con desaliento.) ¡Luis se lo ha contado todo!

PAN. ¡Deja que como yo le pesque algún día, nos las va á pagar! ¡Tú eres un verdadero amigo; no hay dos que hubieran hecho lo que tú has hecho por mí!

ENR. (Modestamente.) ¡Eso no vale la pena!

PAN. ¿Que no vale la pena? «Amigo Gorgonio, me dijiste, el tuyo es el mayor *horror* judicial del siglo, pero como soy rico no quiero que pases más fatigas. Cuando salgas del Abanico vete á mi casa que yo me encargo de tu porvenir» y aquí me tienes. ¿Te parece poco? (Abrazándole diferentes y repetidas veces.) ¡Tú eres un hermano, más que un hermano, tú eres mi padre, pues yo nunca lo he tenido!

ENR. (Aparte.) ¡Ese majadero de Luis!

MARÍA (Por la primera izquierda.) Señorito...

ENR. (Volviéndose rápidamente.) ¿Qué?

MARÍA La señorita desea el bolsillo de plata que está en la mesa de despacho del señor.

ENR. (Aproximándose á la mesa.) Las llaves están en el saco de viaje, pero ahora no tengo tiempo de buscarlas.

PAN. ¡Qué panoli eres! ¡Yo te lo abriré! (Saca dos ganzúas de una de las alpargatas y se dirije á la mesa.)

ENR. No, eso, no.

PAN. (Rechazándole.) ¡Deja! (Abriendo el cajón con una ganzúa.) ¡Mira que sencillo es! ¡Elegante, sin ruido y más rápido que un rayo! (Abre el cajón y saca de él un bolsillo de plata.)

MARÍA (Asombrada.) ¡Huy, qué bien!

PAN. ¡Bonito bolsillo! (Entregándoselo á María.) ¡Toma, simpaticona!

ENR. (Aparte, furioso.) ¡Esto pasa de la raya!

MARÍA ¡Gracias! (Aparte, al tiempo de irse.) ¿Será un prestidigitador?

PAN. ¡Es muy simpática esa chiquilla!
ENR. En casa todos somos lo mismo.
PAN. (Aproximándose y cerrando el cajón.) Haces mal en tener esta clase de cerraduras... Te podrían robar en menos que se presina un cura loco.
ENR. Haces bien en advertírmelo.
ISAB. (Dentro.) Lo he dejado sin duda en la sala.
ENR. ¡Mi suegra! (Vivamente á Panizo.) ¡Ni una palabra, eh! En casa ignoran que he estado en la cárcel.
PAN. ¡Pues no es ninguna deshonra!
ENR. Aquí opinan así.
PAN. ¡Valiente tontería!

ESCENA VII

DICHOS é ISABEL

ISAB. (Por la segunda izquierda.) Ustedes dispensen si les interrumpo, pero...
PAN. ¿Esta señora es tu suegra? (Saludando.) Señora...
ISAB. (Saludando; aparte á Enrique.) ¿Quién es?
ENR. (Turbado.) Pues es...
PAN. (Vivamente.) ...soy su hermano de leche.
ISAB. (Amable.) ¡Ah! ¿es usted?...
ENR. (Aparte) ¡Un desahogado!
PAN. Gorgonio Panizo, pa servir á usted.
ISAB. ¡Celebro mucho conocerle!
PAN. ¡Gracias, señora! ¿Podría yo preguntar á qué hora almuerzan ustedes?
ENR. (Vivamente.) Todos hemos almorzado ya.
PAN. ¡Qué suerte!
ISAB. ¿Usted no ha almorzado aún?
PAN. No, desde que salí de...
ENR. (Interrumpiéndole.) ...de Villaviciosa de Odón, su pueblo natal.
ISAB. ¡Pobre muchacho, pues ahora almorzará usted!
PAN. ¡Me estoy cayendo de nesecidá!
ENR. ¡Almorzará fuera!
PAN. (Vivamente.) No, está lloviendo.

ISAB. ¿Por qué fuera? Almorzará aquí. Voy á mandar que le sirvan una tortilla y una ración de pollo.

PAN. ¡Eso, eso!

ENR. No. Teme molestar... es tan tímido...

ISAB. ¡Usted no molesta nunca! ¡Venga, venga usted! (Vase por la segunda izquierda.)

PAN. (A Enrique.) ¿Lo ves, hombre, lo ves? (Yéndose y dirigiéndose á Isabel.) ¡La tortilla que más me gusta es la de jamón!

ESCENA VIII

ENRIQUE, después FRANCISCO y luego LUIS

ENR. ¡En buen compromiso me ha puesto ese majadero de Luis!

FRAN. (Por la segunda derecha, anunciando.) ¡El señor Chaparro!

ENR. ¡El!

(Aparece Luis completamente transformado. Barba larga y cabellos muy cuidados. Traje elegantísimo. Flor en el ojal. Después de darle entrada, vase Francisco.)

LUIS ¡Hola, Enrique!

ENR. (Lanzando un grito de sorpresa.) ¡Ah!

LUIS ¿Vengo hecho un Petronio, verdad?

ENR. (Incomodado.) Sí, pero no se trata de eso... Llegas muy á propósito.

LUIS ¿Pues yo qué he hecho?

ENR. ¿Por qué me has obsequiado con Panizo?

LUIS ¡Qué bueno es! ¿Está aquí?

ENR. Sí, y mi suegra le ha invitado á almorzar. Yo no puedo recibir ladrones, bandidos ó asesinos.

LUIS Comprenderás que yo no podía darle mi nombre y mis señas.

ENR. ¿Y por qué le has dado las mías? Un individuo que dirije piropos á mi criada, que fractura los cajones de mi mesa...

LUIS ¡Una víctima de las injusticias sociales!

ENR. ¡Un hombre que acaba de cumplir condena!

LUIS ¿Y eso qué prueba?

ENR. ¿Crees que todos los que cumplen condena son inocentes?

LUIS ¿Yo, que acabo de salir de la cárcel, acaso no lo soy?

ENR. ¿Tú?... ¡No es la misma cosa!

LUIS Bueno, yo le protegeré... Mándamelo cuando quieras.

ENR. Hoy mismo quedarás complacido.

LUIS Y ahora otra cosa: ¿Puedes prestarme cinco mil pesetas?

ENR. (Sobresaltado.) ¿Eh?... No te he entendido bien...

LUIS Que si me puedes prestar cinco mil pesetas.

ENR. ¡Pero si hace pocos días te entregaron nueve mil quinientas!

LUIS ¡Bah, dónde estarán ya!

ENR. ¿Te las has jugado?

LUIS No, las gasté en poner casa.

ENR. ¡Qué barbaridad!

LUIS He alquilado un cuarto cerca de aquí y he comprado unos muebles preciosos. Además, me he mandado hacer ropa... ¡Ya no soy un cualquiera!

ENR. ¿Y ahora vienes á darme un sablazo?

LUIS No tengo más amigo rico que tú. ¿A quien quieres que se lo dé?

ENR. Deja que me ría. Yo no tengo culpa que padezcas monomanía de grandezas.

LUIS ¡Ah! ¿luego crees que yo?... (Gesto afirmativo de Enrique.) Antes de ir á la Cárcel Modelo, vivía tranquilo, verdad que no comía todos los días y que dormía á menudo en los bancos del Prado, ¡pero era yo tan feliz! Te convino turbar mi plácida existencia y me enviaste por tí á la cárcel. Allí encontré todas las comodidades de la vida moderna: colchones con bastas á la inglesa, hidroterapia, electricidad, la última palabra en todo. Yo, que no me lavaba más que cuando llovía y cuando llovía me quedaba en casa, tomé ducha diaria... Esto ha hecho que me aficione al lujo.

ENR. ¿Luego en la cárcel?...

LUIS ¡Naturalmente! ¿Dónde he disfrutado yo de

tanto bienestar y de tantísimas comodidades? Y para acabarme de pervertir me obsequiabas constantemente con jamón en dulce, puros, Jerez...

ENR. ¿Yo?

LUIS ¿Pues quién entonces?

ENR. (Aparte.) ¡Los regalitos que ella me enviaba! (Alto.) Tus razonamientos me convencen en parte, por lo cual te voy á dar... (Gesto de Luis.) un consejo. Alquila un cuarto más barato.

LUIS (Rápidamente y solemne.) ¡Desmerecer á sus ojos, jamás!

ENR. ¿A los ojos de quién?

LUIS De una mujer encantadora con quien estoy en relaciones amorosas desde hace tres días. Apenas salí de la cárcel vi una tarde en la calle de Sevilla á una mujer preciosa, esbelta y elegante. A unos cincuenta pasos de ella un automóvil daba la vuelta por la esquina de La Equitativa... La joven no le oía... Rápido como el rayo me precipité, la cogí de un brazo y tiré fuertemente de ella salvándola de una muerte cierta, mientras que el automóvil pasaba como una tromba... La señora me dió las gracias conmovida y el resto se adivina.

ENR. ¿Te dijo en seguida que sí?

LUIS En seguida, no; se resistió seis días...

ENR. ¿Y al séptimo?

LUIS ¡No descansó, parecía una azogada! ¡La hice la corte de una manera!... ¡Al cabo de veinte días de reclusión, estaba yo que echaba chispas!

ENR. ¡Qué suerte tienes! (Dándole golpecitos en el hombro.)

LUIS No te puedes figurar lo guapa que es... morena y con unos ojazos... Es viuda y jamás engañó á su marido.

ENR. ¡Bah, lo mismo dicen todas!

LUIS ¡Esta no miente! Y mira que su marido era un salvaje á quien apenas veía porque era minero y se pasaba la vida en Asturias...

ENR. ¿Cómo dices?

LUIS Pues que era minero y se pasaba la vida en Asturias.

ENR. ¡Tendría que ver!

LUIS ¿Qué?

ENR. ¡Nada, una tontería que se me había ocurrido. (Entra Valentina por la primera izquierda.)

ESCENA IX

DICHOS y VALENTINA

VAL. Amigo Enrique... (Viendo á Luis.) ¡Oh!

LUIS (Idem, alegre) ¡Dios mío...! (Avanza un paso hacia ella, pero se detiene.)

ENR. (Aparte) ¿Qué les pasa? (Asaltándole una sospecha.) ¿Será ella la...? (Alto.) Según creo se conocen ustedes.

VAL. (Vivamente.) ¡No, no!

LUIS (Sonriente.) Es la prinera vez que tengo el honor de ver á esta señora.

ENR. En ese caso... (Presentándolos.) Luis Chaparro, mi amigo de la infancia: doña Valentina Lapuente, amiga íntima de mi mujer!

LUIS (Saludando ceremoniosamente.) Señora...

VAL. Caballero...

ENR. (Despreocupado.) Mi amigo ha venido á visitarme para hablarme de un asunto...

LUIS (Turbado) Sí, un asunto... que me interesa vivamente.

ENR. Para anunciarme su próximo casamiento.

VAL. (Precipitándose hacia Luis.) ¿Eh?

LUIS (Vivamente, precipitándose hacia Valentina.) ¡Es falso, Valentina, completamente falso!

ENR. (Lanzando un grito de triunfo.) ¡Ah! (Se frota las manos.)

VAL. (Incomodada.) ¡Caballero!

LUIS ¡Qué broma tan estúpida!

ENR. Tranquilícese usted, Valentina, no es de mi amigo Luis de quien se trata, sino de otro... me he equivocado.

VAL. (Aparte.) ¡Pillo!

ENR. Sin embargo, sigo creyendo que no es esta

la primera vez que mi amigo Luis tiene el honor de saludar á usted.

VAL. (Mirando á Enrique, sonriente.) ¡Pues sí, lo confieso!

ENR. ¡Ah!

VAL. ¿Y qué?

ENR. (Turbado.) Pues... que...

VAL. (Mirándole fijamente.) Usted es demasiado galante para abusar de un secreto que ha llegado á conocer... de manera tan ingeniosa.

ENR. ¡Esté usted tranquila!

LUIS ¡Por el contrario, nos ayudará!

VAL. No exijo tanto... Hasta la vista, Enrique. (A Luis.) ¡Hasta la noche, Luis!

LUIS (Acompañándola entusiasmado.) ¡Hasta la noche, adorada Valentina! (Vase Valentina segunda derecha. Bajando.) Es tan cariñosa, me quiere tanto... Si yo te contase..

ENR. (Interrumpiéndole furioso.) ¡No me interesa la historia de tus amores!

LUIS Pues volviendo á nuestro asunto, te ruego de nuevo que me prestes las cinco mil pesetas.

ENR. (Excitado.) ¿Yo? ¡Jamás!

LUIS Te las devolveré pronto. Ahora que me creen rico tengo varios negocios en perspectiva y no sé por cuál decidirme.

ENR. (Furioso.) ¡No, no y no! Hoy son cinco mil, mañana serían diez mil...

LUIS Me parece que después del favor que te he hecho...

ENR. ¿Luego es un *chantage?*

LUIS (Encolerizado.) ¿Cómo has dicho? ¿Que es un *chantage?*

ENR. ¡Precisamente!

LUIS Esa palabra la vas á retirar ahora mismo.

ENR. ¡No estoy dispuesto á ello!

LUIS (Sube y coge su sombrero que está en el foro.) ¡No quedará esto así! ¡Pronto recibirá usted la visita de mis testigos!

ENR. ¡Pueden venir cuando quieran, les espero!

LUIS ¡Adiós! (Vase furioso por la segunda derecha.)

ESCENA X

ENRIQUE y LEONOR, después FRANCISCO, luego ISABEL y por último, ALBERTO y FELISA

ENR. ¿Y voy á ser yo quien le pague el cuarto? ¡Sería el colmo!

LEO. (Por la segunda izquierda.) Acabo de conocer á tu hermano de leche.

ENR. ¿Sí? (Aparte.) ¡Ya me había olvidado de él!

LEO. ¡No come, devora!

ENR. Pues hoy se irá porque le he encontrado una colocación magnífica.

LEO. ¡El pobre te quiere tanto...!

ENR. ¡Pues se irá á quererme á otra parte!

LEO. Dice que quiere ser tu hombre de confianza...

ENR. ¡Eso sobre todo!

LEO. (Aparte.) ¡Dios mío, ya está de nuevo con la neurastenia!

ENR. (Malhumorado, viendo entrar á Francisco por la segunda derecha con un ramo.) ¿Qué quiere usted?

FRAN. Este ramo han traído para doña Isabel.

LEO. Yo se lo daré. (Coge el ramo y vase Francisco.) ¡Calle, trae una tarjeta! (Leyendo.) «Carlos Ramírez de Llanos, juez de primera instancia.»

ENR. (Sobresaltado.) ¿Eh? ¿Cómo has dicho?

LEO. (Leyendo nuevamente.) «Carlos Ramírez de Llanos, juez de primera instancia».

ENR. No... Tú has leído mal... Dime que tú has leído mal...

LEO. (Dándole el ramo.) Mira...

ENR. (Leyendo para sí, admirado.) ¡Es verdad!

ISAB. (Por la primera izquierda.) ¿Podemos hablar ahora tranquilamente?

ENR. (Corriendo vivamente hacia ella y como amenazándola con el ramo que lleva en la mano,) ¿Conoce usted al señor Ramírez de Llanos?

ISAB. ¡Ya lo creo...! ¡Como que es mi futuro esposo!

ENR. ¡Santo Dios! (Tirando lejos de sí el ramo.)

ISAB. Es el caballero á que antes me refería.

ENR. ¡Nunca permitiré semejante matrimonio! (A Isabel.) Si persiste usted en casarse con ese juez implacable, no la vuelvo á hablar en mi vida!

ISAB. (Dejándose caer en el sofá.) ¡Dios mío!

LEO. (Aproximándose á Isabel.) ¡Mamá...! ¡Enrique, mira lo que haces!

ENR. (Exaltado.) ¡Y si tú me quisieras obligar á acceder, abandonaré esta casa!

LEO. ¿Oyes, mamá?

ISAB. (Llorando.) ¡Hija mía...! ¡Somos muy desgraciadas!

ENR. ¡Justo, quéjense ustedes para que los criados me califiquen de tirano!

ISAB. ¡El único amor de mi vida!

ENR. ¡Se olvida usted de mi suegro!

ISAB. (Rectificando vivamente.) ¡Hablo de mi vida de viuda!

LEO. ¡Enrique, ten presente...!

ENR. ¿Tomas la defensa de tu madre?

LEO. (Acalorándose.) Pero...

ENR. ¡No hay pero que valga!

LEO. ¡No tienes corazón!

ENR. ¡¡Leonor!!

ISAB. (Interviniendo y aproximándose á ambos.) Hijos míos: no quiero que riñáis por mi culpa. (A Enrique.) Me pides un gran sacrificio, pero te quiero más que á mí misma y cedo.

LEO. ¡Querida mamá!

ENR. (Aparte, emocionado.) ¡Pobre señora!

ISAB. Voy á escribir á Carlos que te opones...

ENR. (Vivamente.) ¡No, señora, la ruego que no diga usted una palabra de mí!

ISAB. Pues entonces, ¿qué le digo?

ENR. Que lo ha pensado usted mejor y que no piensa usted volverse á casar.

ISAB. Está enamoradísimo é intentará verme. (Alberto aparece en el dintel de la segunda derecha.)

ENR. Para evitarlo nos iremos hoy á Málaga en donde pasaremos el invierno.

ALB. ¿Y nuestra boda?

ENR. ¡Ya se casarán ustedes cuando volvamos!

LEO. (A Isabel.) Ven, mamá, á escribir la carta.

ISAB. Sí, vamos, hija mía. (Vanse ambas segunda derecha.)

ALB. ¡Mañana debíamos tomarnos los dichos en la vicaría! ¡Procede usted con más crueldad que un emperador romano! Además, me pone usted en un compromiso porque acabo de escribir á uno de los testigos!

ENR. ¡Pues le escribe usted de nuevo!

ALB ¡Cualquier día pasa por una informalidad de esta clase el señor Ramírez de los Llanos!

ENR. (Dando un bote.) ¿El juez de instrucción?

ALB. (Con orgullo.) ¡Es tío mío!

ENR. (Aparte.) ¡Ay, su tío! ¡No me faltaba más que esto!

FEL. (Por la segunda izquierda.) ¿Conque se aplaza nuevamente nuestra boda?

ENR. ¡No se aplaza, se ha roto!

FEL. (A Alberto.) ¿Roto?

ENR. ¡Sí, sí, roto!

ALB. ¡Imposible! ¿Por qué?

ENR. Porque adopta usted un tono conmigo que no le tolero é incluso me ha calificado usted de emperador romano.

ALB. ¡Yo cuento con la palabra de usted!

ENR. ¡Pues la retiro! ¡Hemos terminado!

ALB. Te juro, Felisa mía, que no me casaré con otra mujer más que contigo. ¡Te lo juro por la cabeza de tu hermano!

ENR. ¿Eh?

FEL. ¡Y yo te juro que no tendré otro marido que tú! ¡Lo juro también por la cabeza de Enrique!

ENR. ¡Basta ya! ¡Retírese usted!

ALB. (A Felisa.) ¡Hasta muy pronto! (Vase segunda derecha.)

FEL. (Llorosa y gritando.) ¡Y por tu culpa!...

ENR. ¿Te rebelas?

FEL. ¡Me moriré, lo oyes, me moriré! (Vase llorando por el foro.)

ENR. Si todas las mujeres que han dicho lo mismo se hubieran muerto hubiera llegado un día en que no habría más que hombres en la tierra... y si no hubiese más que hombres en la tierra no me vería yo en la situación en que me veo...

ESCENA XI

ENRIQUE y LUIS

LUIS (Por la segunda derecha.) Caballero, soy yo de nuevo... No ignoro que cometo una grave incorrección al presentarme en su casa en este momento, pero considero un deber poner en conocimiento de usted inmediatamente un hecho que acaba de ocurrirme en la esquina de esta calle.

ENR. Diga usted. (Sentándose junto á la mesa.

LUIS (Sentándose á la izquierda de la misma.) Acepto la silla, *que usted no me ofrece.* Salí de su casa muy disgustado por el procedimiento incalificable que usó usted conmigo.

ENR. Caballero...

LUIS Prosigo... A fin de buscar dos amigos, llamo á un simón que pasaba... el coche se detiene, miro la hora y exclama el cochero: «Imposible, voy á encerrar!» Le repito que no era verdad puesto que llevaba alto el «Alquila». Se entabla una disputa entre ambos y llega un agente, que da la razón al cochero. ¡La policía siempre da la razón á los cocheros!

ENR. ¡Verdad!

LUIS Hago observar al agente que era parcial, y me responde: «¡El parcial lo será usted, *so* majadero!» Oir esto y soltarle instantáneamente una tremenda bofetada fué todo uno.

ENR. ¡También ha abofeteado á la autoridad, tiene gracia!

LUIS ¡Más de la que usted supone! Me piden el nombre, é iba á darlo lealmente, porque yo no soy de esos que endosan á los demás las responsabilidades de sus actos...

ENR. ¡Continúa!

LUIS Cuando oigo detrás de mí una voz que me dice: «¿Otra vez usted, amigo Mendoza? Se pasa usted la vida abofeteando agentes.»

ENR. (Levantándose muy inquieto.) ¿Eh?

LUIS Era un empleado de la Carcel Modelo que pasaba casualmente por allí de paseo, y me reconoció. (Se levanta.)

ENR. (Aterrado.) ¡Demontre!

LUIS Pero como la desgracia nunca viene sola, dicho señor iba acompañado de un amigo, y, ¿sabes quién era? ¡El juez Ramírez de Llanos!

ENR. ¡El autor de mi condena!

LUIS ¡El propio Herodes en personal... El empleado nos presentó á ambos...

ENR. ¡Qué cuadro tan encantador!

LUIS «Celebro conocer á usted—me dijo muy amable el juez—pero como ahora es usted reincidente, le costará á usted seis meses y un día de prisión correccional.»

ENR. ¿Y después?

LUIS (Sonriente.) Juzgué que la conversación había durado bastante, y he venido á comunicarte la grata nueva... Y dicho esto, beso á usted la mano... (Medio mutis.)

ENR. (Deteniéndole.) ¿Te vas?

LUIS Es natural... Soy de nuevo correcto... (Saluda y se dispone á salir, pero Enrique le obliga á quedarse y baja con él.)

ENR. ¿Pero no se te alcanza que soy yo, el verdadero Mendoza, quien será condenado á seis meses de prisión?

LUIS ¡Hay Providencia! Yo cumplí la condena por usted, y usted la cumplirá por mí! ¡Dios es justo!

ENR. Te doy veinte mil pesetas si me remplazas de nuevo...

LUIS ¿Abandonar á mi Valentina durante seis meses? ¡Ni por un millón! (Medio mutis.) ¡Adiós!

ENR. (Suplicante.) Oye, Luis, en nombre de nuestra antigua amistad, en nombre del Instituto de San Isidro, del que fuiste la gloria, hazme ese favor...

LUIS ¡Es inútil que insistas!

ENR. Bien sabes que yo te quiero mucho...

LUIS (Emocionado.) Y yo también. (Dándole la mano.)

ENR. ¡Si supieras toda la serie de desgracias que

han caído sobre mí desde hace media hora. Figúrate que mi suegra...

ISAB. (Dentro, llamando.) ¡Francisco! ¡Francisco!

ENR. (Conduciéndole hacia la primera derecha.) ¡Ella!... Ven conmigo...

LUIS ¡No, tengo que hacer!

ENR. Cinco minutos nada más. No me niegues un suplemento de discusión! (Abriendo la puerta de la primera derecha.) En seguida soy contigo.

LUIS ¡Te advierto que no espero más de cinco minutos! (Vase.)

ENR. (Solo.) Le ofreceré veinticinco mil pesetas y acabará por aceptar. Voy á pedir mientras tanto los asientos á la Compañía de coches-camas.

ESCENA XII

ENRIQUE y FRANCISCO

FRAN. (Por la segunda derecha con una bandeja y una tarjeta.) Señor...

ENR. ¿Qué quiere usted? Ahora no tengo tiempo...

FRAN. Es para su suegra.

ENR. (Indicando á Isabel que aparece por la primera izquierda.) Ahí la tiene usted. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XIII

FRANCISCO é ISABEL

ISAB. Hace rato que le estoy á usted llamando...

FRAN. Dispense la señora, estaba ocupado... (Presentándole la bandeja.) Este caballero desea hablar con la señora.

ISAB. (Cogiendo la tarjeta y leyendo.) «Carlos Ramírez de Llanos.» (Aparte.) ¡El! (Después de una ligera vacilación, alto.) Dígale usted que pase. (Francisco vase.) Un hombre como él merece una franca explicación... No le ocultaré la verdad más que á medias.

ESCENA XIV

ISABEL y CARLOS; después FRANCISCO

CAR. (Por la segunda derecha.) Mi estimada amiga...
ISAB. Amigo mío... Hace un instante acabo de escribir á usted...
CAR. ¡Qué dicha!
ISAB. Anunciándole que me voy.
CAR. (Sorprendido.) ¿Y nuestros proyectos?
ISAB. ¡Es indispensable que renunciemos á ellos!
CAR. ¡Usted no lo ha pensado bien!
ISAB. Me ha faltado franqueza con usted. Le he ocultado que tengo una hija.
CAR. ¿Y es ella el obstáculo para nuestra felicidad?..
ISAB. Sí, amigo mío.
CAR. Isabel, tranquilícese usted. Yo adoro á los niños: seré un padre para esa criatura... Si lo hubiese sabido le hubiera traído una muñeca.
ISAB. ¡Lo malo es que tiene veintitrés años y está casada desde hace cinco!
CAR. ¿Es posible?
ISAB. Una mujer como yo que se halla en esas condiciones, ya no puede inspirar un sentimiento sincero.
CAR. ¡Yo la juro que usted me lo ha inspirado! Preséntenme usted á su hija y cuando yo la confiese cuanto amo á usted, creo que no se opondrá á nuestro casamiento...
ISAB. ¡No es ella la que se opone, es mi yerno!
CAR. ¿Por qué?
ISAB. ¡Lo ignoro! Antes de saber de quién se trataba, accedía gustoso, pero al oir el nombre de usted...
CAR. ¡Es extraño! ¡Yo soy una persona dignísima!
ISAB. Hay que dispensarle; mi pobre yerno Enrique Mendoza padece neurastenia...
CAR. ¿Don Enrique Mendoza?
ISAB. ¿Le conoce usted?

CAR. De nombre... ¿Su yerno no tiene un pariente que se llama como él?

ISAB. ¡No!

CAR. (Frotándose las manos.) ¡Tendría que ver! ¿Y su yerno de usted es quien se opone...?

ISAB. Sí, pero guarde usted el secreto... Incluso me ha prohibido que dijera á usted que era él quien se oponía...

CAR. Me explico perfectamente su actitud. ¿Tendría usted la bondad de mandarle llamar? Deseo hablar con él.

ISAB ¿Pero se va usted á atrever?...

CAR. ¡Ya lo creo! Y tengo la convicción de que obtendré mejor resultado que usted.

ISAB. (Llamando.) ¡Dios lo quiera! (Á Francisco que aparece por la segunda derecha.) Diga usted al señor que este caballero le espera aquí. (Vase Francisco segunda derecha.)

CAR. Y ahora, querida Isabel, déjeme usted á solas con la fiera.

ISAB. Pero yo le ruego que no le exalte usted.

CAR. Todo lo contrario, si le voy á poner más manso que un cordero.

ISAB. Hasta ahora... Después hablaremos... (Vase foro.)

ESCENA XV

CARLOS y LUIS

CAR. ¡Valiente tupé el de mi futuro yerno! Le voy á hablar muy clarito á ese caballerete... (Al verle.) ¡El!

LUIS (En el dintel de la primera derecha.) Se ha olvidado completamente de mí... (Estupefacto; aparte.) ¡Ramírez!

CAR. Amigo Mendoza, ¿no esperaba usted encontrarme de nuevo aquí?

LUIS ¡En efecto! (Aparte.) ¿Por qué me habrá seguido?

CAR. En la vida ocurren muchas casualidades...

LUIS ¡Pst! Más bajo, haga usted el favor; mi mujer no sabe nada...

CAR. ¡Me lo figuraba! Pero no tema usted, hay dos hombres en mí. El juez, hombre recto que procede según los dictados de su conciencia, y el hombre de mundo. Ahora se halla usted ante el hombre de mundo.

LUIS Celebro dirigirme al hombre de mundo. ¡Vámonos!

CAR. ¡Eh, no tan deprisa! Aun tenemos mucho que hablar.

LUIS (Aparte) ¡Con tal que no entre nadie!

CAR. (Indicándole el sofá y sentándose en una silla.) Oiga usted: hace un mes la conocí en casa de los señores de Calzada.

LUIS ¿A quién?

CAR. ¡A la señora viuda de Calderón! ¡No se haga usted el tonto!

LUIS ¡Ah! (Aparte.) ¿La viuda de Calderón? ¿Quién será?

CAR. ¿Para qué he de hablarle á usted de lo simpática que es por sus encantos y por su talento?

LUIS ¡No, no se moleste usted! (Aparte.) ¡Si entra alguien me voy á divertir!

CAR. Naturalmente, yo la amo.

LUIS (Abstraído.) ¿A quién?

CAR. ¡A la viuda de Calderón! ¿Continúa usted haciéndose el tonto?

LUIS ¡No se incomode usted!

CAR. La amo locamente, como se ama á mi edad.

LUIS ¡Ah!

CAR. Ví que ella no se mostraba esquiva y la pedí su mano.

LUIS ¡Ah!

CAR. ¿Qué me dice usted á todo esto?

LUIS Pues que me parece divinamente!

CAR. ¿Luego no tiene usted inconveniente en que me case con ella?

LUIS ¿Yo?... ¡Absolutamente ninguno!

CAR. (Aparte.) ¡Cuando yo decía!... (Alto.) ¿Y me autoriza usted para decírselo?

LUIS ¡Qué duda cabe!

CAR. (Levantándose y estrechando su mano.) Gracias, señor Mendoza. No esperaba más que esa palabra para irme.

LUIS Pues si yo lo hubiese sabido antes...

CAR. Voy á despedirme de ella y á comunicarle tan grata nueva.

LUIS ¡Excelente idea!

CAR. Hasta la vista, amigo Mendoza. (Vase foro.)

LUIS (Solo.) ¡Adiós! Creí que no se iba nunca.

ESCENA XVI

LUIS y ENRIQUE

ENR. (Por la segunda derecha.) ¿Quién pregunta por mí?

LUIS ¿Sabes quien acaba de irse de aquí? ¡Ramírez de Llanos!

ENR. ¿Has hablado con él?

LUIS ¡Como que he sido yo quien le ha recibido!

ENR. ¡Qué suerte!

LUIS ¿Y sabes por qué me ha seguido hasta tu casa? ¡Pues para hablarme de sus amores!

ENR. (Sobresaltado.) ¿Eh?

LUIS Figúrate que está enamorado como un estudiante de la viuda de Calderón.

ENR. ¿Te lo ha dicho?

LUIS ¡Todo!

ENR. ¿Y qué le has contestado?

LUIS Lo que cualquiera le hubiera aconsejado en mi lugar: «¡Puesto que la ama usted, cásese usted con ella!»

ENR. ¡Majadero!

LUIS ¿Quién, él?

ENR. ¡No, tú! ¡La viuda de Calderón es mi suegra!

LUIS ¿Y aun te quejas? Pero antes de diez minutos yo te salvaré. (Cogiendo su sombrero que está en el foro.)

ENR. ¡Vete, ó hago una barbaridad!

LUIS ¡Te repito que te salvaré! ¡Yo te lo prometo! (Vase rápidamente por el foro.)

ESCENA XVII

ENRIQUE, después ISABEL, luego CARLOS y LEONOR, y, por último, FRANCISCO

ENR. (Solo.) ¡Estoy perdido, y esta vez sin remisión!

ISAB. (Por la segunda izquierda.) Querido hijo, deja que te abrace. Acaba de decirme Carlos que ya no te opones á nuestro casamiento. (Abrazándole.)

ENR. (Aparte.) *¡Tableau!*

ISAB. ¡Ahí viene con tu mujer!

ENR. (Aparte.) ¡Audacia, y Dios sobre todo!

CAR. (Por la segunda izquierda seguido de Leonor. A Isabel.) ¿Dónde está su yerno para despedirme de él?

ISAB. Ahí le tiene usted. (Indicando á Enrique.)

CAR. ¿Este caballero?

ENR. Servidor de usted.

CAR. (Estupefacto.) ¿Usted...? (Amable.) ¡Ah, ya comprendo! (A Isabel.) ¡Otro secretillo! ¿Me ha ocultado usted á este también?

ISAB. ¡No le comprendo!

CAR. (A Isabel.) Hace un instante me confesó usted que tenía uno. Con este son dos.

ISAB. No tengo más yerno que el señor Mendoza aquí presente.

CAR. ¿Luego usted es don Enrique Mendoza?

ENR. Sí, señor.

CAR. (A Enrique, pasando y colocándose en el centro.) ¿Usted no tiene algún pariente del mismo nombre?

ENR. ¡No!

CAR. Se lo pregunto porque hace mes y medio condené á veinte días de prisión á un señor que se llamaba como usted. La pena la cumplió el mes pasado.

LEO. ¡Pero si el mes pasado estábamos nosotros en Biarritz!

CAR. Además, hace media hora yo mismo he vis-

to en la calle al supuesto Mendoza abofetear á un municipal.

ENR. (Con fingida sorpresa.) ¿Usted?

CAR. ¡Y aun diré más! Hace un instante, aquí mismo, en esta sala, dicho sujeto me ha concedido la mano de usted. (Por Isabel.)

ISAB. ¡Imposible!
ENR. ¡Inaudito!
LEO. ¡Asombroso!
(Casi simultáneamente.)

CAR. El asunto es muy sencillo: usted tiene un amigo que, viéndose en una situación crítica y no queriéndose comprometer, le ha parecido muy ingenioso dar el nombre de usted.

ENR. ¡Qué infamia!

CAR. Pero yo averiguaré quién es, y le prometo que le va á costar caro.

ENR. Pero si no tiene usted ningún indicio...

CAR. (Dándose un golpe en la frente.) ¡Ya lo creo! (A Enrique.) Haga usted el favor de llamar.

ENR. (Pasando á la derecha y llamando; aparte.) ¿Qué se le habrá ocurrido?

CAR. Vamos á saber ahora mismo quién es.

FRAN. (Por la primera derecha.) ¿Ha llamado el señor?

CAR. (A Francisco.) Cuando yo entré hace un instante estaba un amigo de su señor en esta casa.

ENR. (Aparte.) ¡Ahora está en la firme!

FRAN. (Consultando con la mirada á Leonor é Isabel.) Pues...

ISAB.
LEO.
¡Responda usted!

FRAN. Sí, señor.

CAR. ¿Cómo se llama ese caballero?

FRAN. Don Luis Chaparro.

ISAB.
LEO.
(Extrañadas.) ¿Chaparro?

ENR. (Rápidamente.) ¡Es un íntimo amigo mío!

CAR. Dispense usted... (A Francisco.) ¿Y no había ningún otro?

FRAN. No, señor.

CAR. Bien, puede usted retirarse. (Francisco vase foro; á Enrique.) ¡No hay duda, el individuo que buscamos es su amigo de usted!

ENR. Creo que está usted en un error. Respondo de él como si se tratara de mí mismo.

CAR. Eso pronto lo averiguaremos... Yo le reconocería fácilmente... Es un joven elegante... con bigote á la borgoñona, barba larga...

ESCENA XVIII

DICHOS, MARÍA y LUIS

MARÍA (Por el foro, anunciando.) ¡El señor Chaparro!

TODOS ¡El!

ENR. (Aparte, abrumado.) ¡Me ha matado!

LUIS (Por el foro, completamente rapado, afeitado y con otro traje.) Querido Enrique .. (Viendo á Carlos; aparte.) ¡Ramírez!

CAR. (Asombrado.) ¡No es él!

ENR. (Aparte, alegremente.) ¡Bravo! ¡Se le ha ocurrido una idea genial!

ISAB. (A Carlos.) ¿No es este caballero?

LEO. ¿Está usted seguro?

CAR. ¡Completamente seguro!

ENR. ¡Cuando yo le decía á usted.. ! (Presentándolos.) Mi amigo Luis Chaparro... Mi madre política... Mi mujer... El señor Ramírez de Llanos... (Saludos.)

LUIS Señoras... Caballero...

ENR. (A Luis.) Dispensa lo extraño del recibimiento; pero estábamos averiguando quién ha sido un amigo mío que usurpando mi nombre ha cumplido recientemente veinte días de prisión.

LUIS ¡Se necesita desfachatez!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y VALENTINA, después PANIZO.

VAL. (Por la segunda derecha, á Leonor.) Aquí me tienes. Cuando quieras podemos ir á casa de la modista. (Hablan en voz baja, formando grupo con Isabel, Carlos y Leonor, quien la presenta á Carlos.)

LUIS (Aparte á Enrique.) ¡Ni siquiera ha reparado en

mí! (Por Valentina.) ¿Me querrá ahora que estoy pelón?

ENR. Sí, y además te daré las cinco mil pesetas. ¡En lo porvenir nada hay que temer!

PAN. (Por la primera derecha, borracho; aparte.) ¡Qué bien se come y se bebe en esta casa. (Alto.) ¡Hola, Enrique!

LUIS (Aparte, al ver á Panizo.) ¡Este lo echa todo á perder!

ENR. (Con desaliento; aparte.) ¡*Finis coronat opus*!

PAN. (Asombrado viendo á Carlos; aparte.) ¡Herodes aquí! (Procura estirarse para disimular su borrachera.)

ENR. (Aparte á Panizo.) ¡Ten cuidado con lo que hablas, no la digas que la señora de la Zarzuela era su amiga Valentina!

PAN (Idem.) ¡Descuida; ya verás qué bien me porto!... ¡Poquitas ganas que le tengo yo á ese señor! (Logra desasirse de Enrique, que intenta detenerle y se aproxima al grupo; á Leonor.) ¡Esposa de mi protector: usted no debe dar oídos á esas calumnias!

LEO. ¿A cuales?

PAN ¡A los que la cuentan que su marido estuvo en la Zarzuela con su amiga Valentina!

LEO. (Lanzando un grito.) ¡Con Valentina!

ENR. (Aparte aterrado.) ¡Abrete tierra!

PAN. ¡Los que tal digan son unos embusteros y unos sinvergüenzas! (Mirando de reojo á Carlos; aparte.) ¡Anda, chúpate esa! (A Enrique satisfecho.) ¿Ves qué bien he arreglado el asunto?

VAL. (Vivamente á Leonor.) ¡Ese hombre no sabe lo que se dice! ¡No vayas á creer que estuve con él en la Zarzuela!

LEO. ¿Luego confiesas que estuviste?

VAL. ¡Sí!

LEO. ¿Pero con él?

VAL. ¡Con él, no!

LUIS (Interviniendo.) Usted dispense; no puedo permitir más tiempo que acusen á un inocente.

TODOS ¿Eh?

LUIS ¡Fuí yo quien dió el nombre de su marido de usted!

LEO. (Incrédula.) ¿Usted?

ENR. (Con fingida indignación.) ¡Ah! ¿con que fuiste tú?...

LUIS ¡Sí, yo! Y si el señor Ramírez no me ha reconocido hace un instante ha sido porque para despistarle he sacrificado mi barba y mi pelo!

CAR. (Mirándole atentamente.) Señora, efectivamente es él. (Aparte.) ¡No hay duda, los dos están de acuerdo!

LUIS (A Leonor.) Ya ve usted que fácilmente me ha reconocido...

ENR. ¿Luego confiesas qué fuiste á la Zarzuela con Valentina?

LUIS (Bajo, á Enrique con rabia.) ¡Pillo!

LEO ¡Responda usted!

LUIS ¡Sí, señora, fuí yo!

LEO. (Cariñosa abrazando á Enrique.) Enrique de mi vida... (A Valentina.) Y tú perdóname por haber sospechado... Ya veo que fuiste con el señor... (Indicando á Luis.)

VAL. (No reconociendo á Luis.) ¿Con el señor?...

LEO. ¡Sí; con el señor Chaparro!

VAL. ¡Ay, pelón, qué feo está!

LUIS (Aparte.) ¿Y para esto me he sacrificado?

CAR. (Llevando aparte á Enrique, bajo.) Yo estoy en el secreto; pero por esta sola vez le salvo...

ENR. (Idem.) ¡Entonces todo se ha arreglado!

CAR. Sí, pero en lo porvenir...
¡Ojo con reincidir!

ENR. ¿Suegro y juez?... ¡Ya no hay cuidado!

CAR. ¡Buen plan!

ENR. ¡Eso me alegra!...

CAR. Pues está usté en un error,
porque voy á ser peor...

ENR. ¿Suegro y juez?

CAR. ¡No; juez y suegra!

TELON

Precio: 1,50 pesetas